

La Historia de la Catequización: De Moisés a Pablo

Por Donald Van Dyken

(Este es el capítulo seis de su libro *Redescubriendo el Catecismo*)

En el mundo físico de tostadoras y computadoras, diseñamos hojas de cálculo y preparamos desayunos hoy debido a lo que otros han descubierto y construido ayer. Todos estamos conectados al pasado, a la historia, aún cuando esta no nos interese. Sin embargo, en el ámbito espiritual de las palabras y el aprendizaje un desinterés en la historia y una negativa a aprender del pasado nos coloca en el asilo espiritual y pone a nuestros hijos a mendigar en las calles. De modo que nos volvemos al pasado para aprender lo que Dios ha hecho en y por medio de su pueblo.

ISRAEL

Comenzando en el tiempo de Moisés, Israel, en común con las civilizaciones de esa época, tenía pocos libros. La historia nos narra que la enseñanza se apoyaba entonces fuertemente sobre dos factores fuertemente desarrollados entre los pueblos de un nivel limitado de alfabetismo. El primer factor era una memoria precisa para la palabra hablada. Sin notas, recordatorios, libros, computadoras, calendarios u otras ayudas para la memoria, los pueblos del comienzo tenían una sorprendente habilidad para retener información.

Un segundo factor, íntimamente relacionado con el primero, era la enseñanza oral. Si uno no puede enseñar de un libro en su propia mano o con ayudas didácticas sofisticadas, uno tiene que confiar en la capacidad de escuchar y de narrar, sobre el hacer y responder preguntas.

Cuando Moisés dio su instrucción de despedida a Israel, dijo, “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Deut. 6:6-7).

Además, Moisés les designó a los Levitas un importante papel en la enseñanza. Los Levitas eran los ministros de Dios,¹ y se les asignaron lugares por todo Israel.² Parecían tener un lugar en cada hogar,³ y su papel incluía la enseñanza.⁴ Con los padres y los Levitas trabajando juntos, vemos el principio de la enseñanza catequista formal.

LOS JUDÍOS Y SUS SINAGOGAS

Para cuando nació Jesús las sinagogas habían sido edificadas no solo en muchas poblaciones de Galilea y Judea sino también por todo el mundo. Aunque la adoración todavía se concentraba en el templo, el principal propósito de la sinagoga era el estudio y la

1 Deut. 18:5.

2 Josué 21.

3 Deut. 12:18.

4 Deut. 33:10; Mal. 2:7.

enseñanza de la Palabra. En las sinagogas se establecieron escuelas para enseñar a los niños, y los niños de cinco a diez años eran educados en estas escuelas⁵ con la Biblia como el único libro de texto. El método de instrucción era casi totalmente catequista, es decir, por medio de preguntas y respuestas. “La idea de tratar de instruir a oyentes pasivos no parece haber entrado en la aguda mente Judía.”⁶

A la edad de doce años un muchacho Judío se convertía en Bar Mitzvah, es decir, un hijo de la ley. Cuando tenía doce años Jesús asistió con sus padres a una fiesta en Jerusalén. Más tarde, dice Lucas 2:46, le encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándoles y haciéndoles preguntas. El hecho sorprendente no era que un muchacho de doce años estuviese haciéndoles preguntas a los doctores. Cualquiera que estuviese familiarizado con las escuelas de la sinagoga sabría que el método Judío de instrucción era catequista. “Luego que el maestro anunciara su tema comenzaban a plantear diferentes preguntas, las que frecuentemente contestaba por medio de palabras o contra-preguntas.”⁷ No era sorprendente que Jesús estuviese haciéndoles preguntas a los rabinos, pero, como Lucas registra, “Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas” (Lucas 2:47).

EL MINISTERIO DE ENSEÑANZA DE CRISTO

Cuando Cristo comenzó su ministerio terrenal, Mateo 4:23 registra que “recorría Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino.” La enseñanza y la predicación se hallan íntimamente relacionadas, y en algunos sentidos los significados se sobreponen. Sin embargo, la Escritura hace una distinción. La predicación, como dijimos antes, es principalmente declarativa, mientras que la enseñanza es más instructiva, involucra la interacción con los oyentes y se concentra en la aplicación de la verdad al entendimiento de los oyentes.

Es significativo que Jesús se revelara a Sí mismo como un maestro. Él les dijo a sus estudiantes (discípulos), “Vosotros me llamáis Maestro, y Señor, y decís bien, porque lo soy” (Juan 13:13). De las noventa veces que Jesús fue abordado en los Evangelios, sesenta veces fue llamado Rabí o Maestro.⁸ En Mateo 22 encontramos un ejemplo interesante de pregunta y respuesta. “Maestro,” dijeron los Saduceos, “Moisés dijo...” y luego plantearon su pregunta acerca de la resurrección. Después que Jesús les contestó un escriba tenía una pregunta: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?” Después de haber contestado, Jesús se volvió a los Fariseos y los enfrascó en preguntas y respuestas sobre el significado del Salmo 110:1.

En estos ejemplos vemos que la predicación y la enseñanza iban de la mano en el ministerio de nuestro gran Profeta. En la era apostólica veremos esta misma asociación.

EL TIEMPO DE LOS APÓSTOLES

5 Clarence H. Benson, *La Historia de la Educación Cristiana* (Chicago: Moody Press, 1943), 8.

6 Ibid., 28.

7 Ibid.

8 Ibid., 29.

La palabra “apóstol” significa “embajador” e implica la predicación, pues un embajador no está interesado, primero que nada, en discutir su proclamación sino en anunciarla fielmente. Viene de la corte con la palabra del gran Rey. Pero pensar que la obra de un apóstol termina con la proclamación es pasar por alto lo que Jesús dijo en su comisión: “Id y *haced discípulos [aprendices]* de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, *enseñándoles* que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:19-20).

Si entendemos que la predicación es una declaración de la verdad y que la enseñanza, aunque similar, es asegurarse de que el oyente haya captado y entendido plenamente la verdad, sabremos porqué los apóstoles comenzaron su ministerio “todos los días, en el templo y por las casas, sin cesar de *enseñar y predicar* a Jesucristo” (Hechos 5:42).

De manera similar, en Antioquía Pablo estaba “*enseñando* la palabra del Señor y *anunciando* el evangelio” (Hechos 15:35). En Tesalónica “*discutía* con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras” (Hechos 17:2). A los ancianos de Éfeso les dijo “y cómo nada que fuese útil he rehuido de *anunciaros* [la Palabra] y *enseñaros*, públicamente y por las casas” (Hechos 20:20). Finalmente, al final de su ministerio, Pablo en Roma estaba “*predicando* el reino de Dios y *enseñando* acerca del Señor Jesucristo” (Hechos 28:31).

De modo que, no es sorprendente escuchar a Pablo decirle al ministro Timoteo, “Porque el siervo del Señor debe ser... *apto para enseñar*” (2 Timoteo 2:24). Una vez más, mientras Pablo contempla su propia labor, le encarga a Timoteo, “predica la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; *redarguye, reprende, exhorta* con toda paciencia y *doctrina*” (2 Tim. 4:2). Y cuando Pablo mira hacia delante, dice, “Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para *enseñar* también a otros” (2 Tim. 2:2).

CUANDO LOS MAESTROS NO ENSEÑAN

Pablo establece aquí una verdad fundamental. En el párrafo anterior citamos a Pablo describiendo su labor como una asociación entre la predicación y la enseñanza. En Efesios 3:7-9 dice, “Yo fui hecho ministro... para anunciar (predicar)... y de aclarar (hacer que vean) a todos.” Es decir, su tarea es predicar y enseñar, pero en lugar de usar la palabra “enseñar” usa la frase “para aclarar a todos.” Al hacer esto define la enseñanza como hacer que alguien vea la verdad. Podríamos replantear sus comentarios como un axioma fundamental: *La enseñanza no es solamente decir la verdad sino también hacer que alguien vea la verdad.*

Usando ese axioma como un punto de partida, podemos entonces decir que muchos maestros no enseñan. En lugar de eso, dan una conferencia o dictan una charla. Tomemos el tema de la “Justificación por la Fe Sola” como ejemplo. Un maestro puede presentar el tema, desarrollarlo, respaldarlo, mostrar su relación con la santificación, y dar un discurso de una hora de duración. Pero esa persona no ha enseñado si no sabe si sus oyentes han comprendido o no el tema. Nos quedamos cortos de cumplir el papel de un maestro si nuestros estudiantes dejan de conocer lo que les hemos presentado. Juzgamos al maestro

midiendo el conocimiento de sus estudiantes en lugar de medir su propio conocimiento o presentación del tema. ¿Ha penetrado la asignatura sus mentes? ¿Pueden recordar lo escuchado y ensayar con lo que han escuchado?

EL CAMINO MÁS LARGO ES EL CAMINO MÁS CORTO A CASA

Tenemos una palabra conveniente para ayudarnos a crear la imagen apropiada de un maestro, y esa palabra es “doctor.” La palabra “doctor” originalmente significaba alguien que era especialmente educado y que podía adoctrinar a otros en su aprendizaje. “Doctor” también significaba “maestro,” y la enseñanza o la asignatura que enseñaba era conocida con el nombre de *doctrina*.

Si nuestra hija se levanta con un terrible dolor en su lado inferior derecho, la llevamos al médico de la familia; él es un doctor en medicina y sabe cuál tratamiento o medicina aplicarle. Recordando que “doctor” significa “maestro,” sabemos que este doctor hace más que decirnos lo que sabe. Como maestro trae su conocimiento para aplicarlo en su estudiante, el paciente. Sus dedos palpan con cuidado su costado; escucha y siente su reacción. Sus dedos le dicen que su piel abdominal está tensa y caliente. Le pone un termómetro bajo la lengua para verificar su temperatura. Le envuelve su brazo con una banda y revisa su presión arterial. Obtiene una muestra de sangre de su brazo y la envía al laboratorio.

“Sí,” dice nuestro doctor, “tiene apendicitis aguda, y necesitaremos operar de inmediato.” De modo que este maestro continúa aplicando su conocimiento a su estudiante. A medida que se aplican la anestesia, el escalpelo, las suturas, los antibióticos y los analgésicos, el doctor monitorea a su paciente cada hora, diariamente, hasta que regresa a casa.

¿Suenan toda esa prueba, examen y monitoreo como el proceso de preguntas del método de catequización? Catequizar, la instrucción por el método de preguntas y respuestas, es la manera apropiada de cumplir el papel del maestro – no meramente dictar una conferencia y decir la verdad, sino catequizando, aplicando la verdad a otro, el doctor a su paciente, el maestro de la verdad a su estudiante. Al implicar que enseñar no es solamente decir la verdad sino también hacer que alguien conozca la verdad, Pablo nos ha guiado al oficio del doctor. Y por providencia nuestra referencia a Pablo nos trae de regreso al punto inicial, pues su compañero constante, Lucas, el médico amado, nos presentó primero la idea de la catequización (Lucas 1:4).